

1937-2009. De la bonanza de la posguerra a la total desaparición de la industria zapatera

A partir de 1937 se produce un crecimiento económico repentino en el mundo del calzado de Lluçmajor, puesto que se transforma en una industria militarizada que provee de zapatos al ejército nacional. Así, la producción y los beneficios se multiplican, con la única dificultad de la carencia de materias primas y de obreros jóvenes a consecuencia de la guerra. Durante la posguerra, el régimen franquista mantiene un sistema intervencionista sobre la industria. Se establece un sistema de cuotas (cupos) sobre la piel, recomendados por el Sindicato Nacional de la Piel, que marcaba la producción de las fábricas y que favoreció el contrabando. Este sistema se derogó completamente en 1952.

A medida que aumentaba la demanda también lo hacía la mecanización de la producción y la construcción o la ampliación de edificios destinados a fábricas. Por otro lado continuaban subsistiendo los pequeños talleres, dotados normalmente de una mesa de cortador y de varias máquinas de coser.

El establecimiento de una sucursal en España de la United Shoe Machinery Company (USMC), principal empresa norteamericana dedicada a la maquinaria del calzado, eliminó gran parte de los inconvenientes de la mecanización. Así se aseguró el suministro de piezas de repuesto y accesorios, la difusión de nuevas máquinas y la asistencia técnica, además de la financiación, puesto que ofrecía la posibilidad de alquilar la maquinaria. A causa de la especialización de la mayoría de fábricas del municipio en calzado femenino de lujo, sometidas así a los cambios constantes de la moda y a la consecuente dificultad técnica en la fabricación, tuvieron un papel fundamental las industrias auxiliares, especialmente los mecánicos, herreros y carpinteros, que adaptaban a demanda y con una gran dosis de destreza e ingenio las máquinas industriales a las necesidades puntuales de producción.

En las fábricas se seguirá utilizando el sistema de trabajo a domicilio como recurso complementario, gracias a su facilidad de expansión o de reducción en épocas de mengua de pedidos. La elaboración del cosido de las diferentes cortes de piel se realizaba sobre todo a domicilio o en talleres separados del resto de la fábrica. Este trabajo se realizaba mayoritariamente por mujeres, que a menudo no estaban asalariadas y que proporcionaba unos recursos familiares suplementarios que se podían

compaginar con la atención a los niños u otras ocupaciones. Además, el trabajo de las llamadas "riveteres" era muy apreciado por su habilidad y profesionalidad, reconocido en todo la isla. Así, el zapato producido en Lluçmajor se exportó por todo el mundo, por lo cual obtuvo gran reconocimiento y prestigio, pero restó sometido, como de costumbre, a las fluctuaciones del mercado con altibajos constantes. Finalmente, y a causa de múltiples factores como el encarecimiento de la mano de obra, ocupada en gran parte en el sector turístico, a partir de los años sesenta se sucederá el cierre de fábricas y talleres, que acabará en 2006 con la quiebra de la última fábrica dedicada al zapato en Lluçmajor.



Créditos de la exposición:

Dirección, comisariado y textos: Maria Magdalena Nieto Cerdà

Documentación e investigación: Maria Magdalena Nieto Cerdà y Joan Ramis Mojer

Diseño expositivo y dirección de producción: Emilio Puga Fuentes

Diseño gráfico: Lourdes Mojer Figuerola

Dirección y realización del documental: Pau Galera y Andreas Mari

Asesoramiento lingüístico: Caterina Janer Gomila

Asesoramiento técnico: Aina Ferrero Horrach

Asesoramiento sobre la industria del calzado: Lluç Tomàs Munar

Pintura y apoyo en el montaje: Brigada y personal de l'Àrea de Cultura municipals

Procedencia de las fotografías: Archivo fotográfico de Coloma Julià Adrover y Archivo Fotográfico del Archivo Municipal

Organización:



Ajuntament de Lluçmajor



Con la colaboración de:



LLUCMAJOR *era*
sabats



Claustre de Sant Bonaventura.
Lluçmajor
c/ Fra Joan Garau, 2

Horario:

Lunes a viernes de 9:00 a 21:00 h.

Sábados de 10:00 a 13:00 h.

Hablar de la industria zapatera en Lluemajor es hablar de altibajos constantes, de momentos de bonanza y crecimiento, seguidos de épocas de decrecimiento de la producción. Cabe situar los inicios de esta industria en la fabricación manual por parte de pequeños talleres de zapateros y aparadoras surgidos a mediados de siglo XIX, trabajadores que a menudo tenían que compaginar este oficio con el del campo u otras ocupaciones. Esta primera producción se destinó mayoritariamente a la exportación a Francia y a América.

Después vendrán las primeras fábricas, la mecanización, el trabajo en cadena, la emigración de algunos zapateros, las reivindicaciones obreras, el cooperativismo, el sindicalismo y finalmente la represión franquista.

Con la Guerra Civil se sufrirán momentos de incertidumbre, que poco después y repentinamente dan un fuerte impulso a la industria, a causa del abastecimiento de calzado para las tropas nacionales.

Durante la dictadura franquista también se sucedieron altibajos productivos. En el momento de máximo esplendor llegó a haber abiertas a la vez 48 fábricas y talleres que pagaban contribución industrial, los cuales, junto con otros negocios no declarados y aquellas industrias relacionadas con el sector, como por ejemplo fabricantes de cajas de cartón o tacones, mecánicos o carpinteros, entre otros, conformaron un tejido industrial de gran impacto tanto para la economía como para la sociedad llucmajorera de la época.

A partir de los años sesenta empieza la decadencia del sector y la progresiva desaparición de estas fábricas y talleres, que culminó en 2006 con la desaparición de la última fábrica.

En el plano urbano de 1954 pueden observar la localización de estas 48 industrias y talleres.

1870-1925. Del trabajo artesano al trabajo a rueda. Hacia la primera industria zapatera

Desde principios del siglo XIX ya se documenta en el municipio un importante sector de artesanos de estructura gremial dedicados a la confección del zapato.

Dada la aridez del campo de Lluemajor, algunos campesinos también compaginaban su trabajo con otros oficios artesanales como el de zapatero.

Pero para hablar del verdadero florecimiento de los primeros talleres de zapatos en Lluemajor hay que mencionar a dos

vecinos: Joan Mir Thomás, piloto mercante de navieras que operaban líneas entre Barcelona y Cuba, que alrededor de 1870 ofreció una nueva oportunidad de negocio a Joan Catany Salvà a. Jaquetó, hasta entonces tratante de ganado al por mayor. Se trataba de exportar zapatos a Cuba, donde otros empresarios de las Baleares, sobre todo procedentes de Menorca, ya hacían allí buen negocio.

Así empieza una pujante industria, a partir del último tercio del siglo XIX, con la proliferación de talleres dedicados mayoritariamente a la exportación de zapatos a Filipinas, Puerto Rico y Cuba, dotados de mano de obra especializada dedicada en exclusiva al oficio o que lo alternaba con el trabajo en el campo. La primera gran crisis del sector fue provocada por la pérdida de las colonias españolas, y se tradujo en el cierre de muchos talleres. De hecho, tan solo restaron abiertos el de Can Jaquetó y el de Can Claret, que decidieron explorar nuevos mercados. Para suplir esta carencia de trabajo, muchos zapateros se ocuparon en los trabajos de construcción del fuerte del Cap Enderrocat.

La nueva recuperación del sector se sitúa en los primeros años del siglo XX, cuando se constatan dos hechos significativos. Por un lado encontramos la irrupción de la mano de obra femenina, sobre todo de jóvenes que antes de casarse se dedicaban a la elaboración de zapatos como aparadoras, después de pasar su aprendizaje durante unos años. Por otra parte, empiezan a abrir tienda o taller algunos maestros zapateros, agrupando de unos 10 a 70 obreros, de los que algunos ya introducen el denominado trabajo a roda (a rueda), primer intento de estructura fabril. Estos talleres se solían conocer por el mote de sus propietarios: Cas mestre Calons, Can Reus, Can Tomassetes, Cas Carreter o Can Pruneta, entre otros.

El periodo entre 1910 y 1925 vuelve ser de crecimiento, gracias a los encargos recibidos para suministrar calzado a las tropas francesas durante la Primera Guerra Mundial y la llegada del tren en Lluemajor en 1916, que facilita considerablemente el transporte y la exportación del género. Estos hechos marcan el inicio de las grandes fábricas de calzado. Gradualmente se van mecanizando

algunos procesos, y finalmente la fábrica de Can Reus es la primera a instrumentalizar todas las fases, seguida de la de Can Pola.

1926-1937. De las revueltas sindicales a la represión franquista

En estos años conviven las grandes fábricas con los pequeños y medianos talleres, que no se harán competencia sino más bien mantendrán una relación de colaboración mutua en momentos de incremento de pedidos. Continúan los altibajos productivos dirigidos al mercado isleño, aumentando la demanda peninsular y abriéndose a la vez nuevos mercados como el norteamericano o el islandés.

El movimiento obrero ligado al sindicato de los zapateros logra entre 1930 y 1935 un cariz más reivindicativo que en el pasado. Este sindicato se fundó en 1901 y llevaba por nombre La Recompensa del Trabajo.

La jornada de ocho horas, que era vigente desde 1921 en la legislación laboral, no se cumplía en el sector zapatero del municipio, que por un pacto entre empresarios y obreros era de ocho horas y media. Finalmente, en 1929 el sindicato decidió denunciar el acuerdo y ante la falta de entendimiento entre las partes se convocó la conocida como «huelga de las ocho horas». Los empresarios tuvieron que aceptar el nuevo horario, pero la situación acabó tensando las relaciones con los obreros. El mismo año, los propietarios de fábricas pretendieron imponer la jornada ininterrumpida sin derecho a pararse ni para fumar. Por este motivo se volvió a convocar una parada, conocida como «huelga de la fumada», para protestar por el despido de los trabajadores que desobedecieron la prohibición. Los obreros despedidos decidieron fundar en 1930 la cooperativa productora de calzado La Hormiga.

También hay que destacar el conflicto surgido, en 1933, en la fábrica de Can Binimelis, cuando su propietario despidió a algunos trabajadores. Esta decisión recibió como respuesta la convocatoria de otra huelga. Ante este hecho, el empresario de Inca contrató nuevos trabajadores. Hubo ataques contra los esquirols y finalmente intercedió el alcalde para llegar a un acuerdo entre los trabajadores y la dirección.

Los primeros días después del golpe de estado de 1936 los obreros de las fábricas de calzado se volvieron a declarar en huelga y la represión entre los zapateros fue notoria. Casi todos los integrantes de la cooperativa La Hormiga sufrieron las consecuencias. Sus bienes fueron decomisados y la maquinaria se repartió por el resto de fábricas. Su presidente, Joan Garau Fullana, fue fusilado, y también su gerente, Miquel Monserrat Parets. El febrero de 1937 también fueron asesinados seis trabajadores de la cooperativa.

